

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



ESCENA DE ALDEA EN BRUNSWICK.

El camino de la iglesia de Brunswick tal como lo representamos en el cuadro de Meierheim en que los aldeanos van á misa, podría muy bien llamarse el camino de la vi-

SEGUNDA SERIE.—1837.

da. Se ven todas las edades, desde la adolescencia á la vejez, adelantarse sobre aquel sendero que va á parar al olvido de las agitaciones humanas y á Dios. No es, empero, esta idea melancólica la que causa el interés del cuadro. Las fisonomías dulces y tranquilas de los cuatro personajes que se tienen á la vista, no ofrecen nada de la

AÑO IV. 13.

austeridad de la muerte. Por una parte el recogimiento religioso en la vejez al declinar los años, por la otra el respeto á la vejez de la adolescencia en la primavera de la vida. Es una escena de emociones puras en armonía con la serena belleza de la perspectiva.

El rostro de ese joven en pie á la entrada del cementerio es admirable y hermoso. El nos revela que aun el soplo de las pasiones no ha turbado su cándida alma. Lo que sabe de la vida son los sucesos de su casa, y se han desarrollado sus primeros sentimientos en medio de las tranquilas emociones y de las alegrías de la familia. Allí ha aprendido á amar á Dios y á respetar la ancianidad. Engalanado con su vestido de fiesta, llevando la chaqueta, el gorro de piel, el chaleco y el calzado del domingo, ha ido con su libro bajo el brazo para penetrar en el sagrado recinto, cuando ha visto la anciana pareja que se adelantaba por otro lado. A su vista se ha detenido por un movimiento de respeto. Con la mano izquierda apoyada sobre la tapia, y la derecha replegada hácia el pecho, el cuerpo en actitud de contemplación, aguarda á que pasen delante de él los dos ancianos, y sigue con la vista con una mirada llena de solicitud, los movimientos de la buena madre que se dirige á la puerta apoyándose en el brazo de su joven hija que la guía y la ayuda á subir los escalones.

Menos adornada que las dos amigas que la preceden, y mas distraída, prosigue su camino sin volver la cara atrás, la joven lleva el mismo peinado y los mismos lazos. Un prendido con flores de una sencilla elegancia se cruza sobre su pecho, y su saya de lana que el viento descubre debajo de su delantal, solo está adornada con tres listas de madroños ligeros y oscuros que componen la guarnición interior. Todo su adorno está en la belleza de su alma que se manifiesta en sus facciones. Ha colocado cuidadosamente su libro de misa sobre su pañuelo en el otro extremo, y se apresura á socorrer á la anciana aldeana, cuyos vacilantes pasos sostiene. Su ancha y pura frente inspira la confianza de la juventud y del cuidado por la debilidad ajena. Sonríen sus ojos para animarle, y aplaude su boca cada esfuerzo de la que dirige, cuya mano estrecha y sostiene el débil brazo. Hay en el juego de su fisonomía la misma espresion de respeto del joven y además la tierna vigilancia por cuanto padece ó va á padecer, que la naturaleza tiene despierta siempre en el corazón de las mugeres.

La buena madre orará por ella en la misa. Las oraciones y las bendiciones son las ofrendas de la vejez. Compasión sería abandonar aquella pobre muger tan animosa á su edad y como inclinada bajo el peso de los años. Su andar es tímido, vacilan sus miembros, su mirada interroga el camino que hay delante de ella, y su pie trata de fijarse sobre la piedra antes de aventurarse á dar un paso. Para ella, esa subida de algunos escalones es muy penosa, y cada paso que adelanta es un triunfo. No fué así siempre. En otro tiempo subía aquellos escalones con la ligereza de la joven, y sin duda también había ayudado en otro tiempo á evitar su peligro. De esto hace ya mucho tiempo. Entonces estaba orgullosa con sus adornos, y su pensamiento se fijaba tanto en su vestido como ahora en su libro. No llevaba como hoy una capa sobre su vestido para garantizarse de las variaciones de la temperatura

aun en los días mas crudos del invierno: su talle no se inclinaba hácia adelante, y el perfil de su cabeza no se hallaba alterado por esas líneas salientes que han dibujado en ella los años. Pero muchos días han pasado: aquellas piedras podrían decirlo, aquellas piedras que el tiempo no ha perdonado y que se han gastado con el pasar de su generación. Han crecido aquellos árboles, muchas flores se han abierto y se han ajado, todo se ha cambiado en torno suyo; el viejo templo solo es el que ha permanecido el mismo. La iglesia de la aldea para aquellos venerables patriarcas de la parroquia es el lugar donde los recuerdos de la infancia se unen á los pensamientos de la vejez. La iglesia se ha asociado á sus alegrías, á sus tristezas; ha visto los funerales de sus padres y el matrimonio de sus hijos. Cada objeto tiene allí para ellos un lenguaje, cada recodo del camino, cada árbol les cuenta una hora de su larga existencia. Ahora se hallan en la tarde de la vida y quieren venir todavía á arrodillarse donde se arrodillaron sus mayores, allí donde han orado en su juventud. Irán allí hasta que les abandonen sus fuerzas, hasta que la muerte les adormezca, y los brazos de sus amigos los ruequen en aquel campo de descanso, en el campo del templo de su país natal.

Tales reflexiones se leen sobre la frente de la anciana.

El buen anciano las inspira igualmente en cada una de sus facciones. Menos fatigado que su compañera pide á su baston el socorro que ella pide al extraño brazo. Hay una santa poesía en el baston que sostiene á la vejez, que palpa, que tantea, que asegura los pasos difíciles. ¿Quién separaría, pues, la piedra que la casualidad ha hecho rodar en medio de la senda, ó las zarzas que han dejado allí al pasar los rebaños? ¿Quién ayudaría al octogenario en las rápidas bajadas y en las penosas subidas? No quitemos, pues, en nuestros juegos el baston del anciano, es su mas precioso tesoro y á las veces ¡ay! su último amigo. El digno patriarca que figura en este cuadro tiene la gravedad del hombre que ha visto y sentido mucho, y que los desengaños aproximan mas estrechamente á Dios al fin de su larga carrera. Han encanecido sus cabellos, y su traje ha permanecido fiel al traje de su época, sin duda la época de sus ideas. Se apega uno tanto mas á lo pasado cuanto está mas cerca de separarse de ello para siempre. Lleva el tricordio de sus mayores, el leviton medio abierto por el calor, el chaleco blanco, el calzon corto, las medias de color y el zapato con hebilla. Su porte es sencillo, y sin embargo, esmerado hasta en sus menores detalles. Adivínase que la Providencia le ha conservado su compañera, el genio tutelar de la casa, el alma del hogar doméstico. Sus miradas llenas de una afable inquietud se dividen entre ella y el camino, cuyas dificultades sondea á medida que adelanta con precaución. Su libro lo lleva bajo el brazo derecho, el digno y fiel compañero de aquel repetido viage á la iglesia, y los caracteres impresos comienzan á enturbiarse y parecer menos claros para él. Pero cuando ya no pueda leer con los ojos lo hará con el alma, porque concócese la serenidad religiosa de su pensamiento y esa dulzura que le es comun con las tres personas que le preceden y da al todo de esta escena una gracia, una tranquilidad que alegra y encanta el corazón. Es uno de los cuadros que pueden suscitar mas interesantes y cristianas ideas.

ESTUDIOS DE VIAGES.

SPLUGEN.

El canton de los Grisones, donde se halla situada la aldea y el camino de Splugen, es una de las comarcas mas montañosas de la Suiza. Muchas cimas de los Alpes Leonpioncianos y de los Alpes Rheticos, que son los que cubren la mayor parte del pais, se elevan hasta cuatro mil metros. Vense allí profundos valles. Mas de doscientas nevetras alimentan las afluencias del Po, del Danubio, y las diversas ramas del Rhin, enviando de este modo el tributo de sus eternos recipientes al Mediterráneo, al mar Negro, y al mar del Norte. Los mares de hielo son allí algunas veces de una considerable estension. Lo escarpado de las rocas, lo rápido de los torrentes, todo está hecho para excitar en el mas alto grado posible el asombro de los viajeros. Algunos pasos se han abierto con gran pena en estas ásperas y rudas montañas para hacer comunicar entre sí los diversos valles del canton, y el canton con los paises inmediatos. Los romanos escalaban aquellas pendientes cuando sus águilas iban á llevar la guerra á los valerosos rhetios, y á fulminar sus rayos contra sus terribles ciudadelas. Desde entonces los habitantes de aquellos ásperos valles pudieron reconocer con pena y muy frecuentemente que las mas fuertes barreras naturales son harto débiles para detener las pasiones del hombre ambicioso. Aquellas gigantescas murallas no preservaron á los grisones de la invasion española; y se sabe cuan fieros combates se dieron en aquellos contornos en la época en que Richelieu, sacando á la Francia del abatimiento en que habia caído despues de la muerte de Enrique IV, trataba de arrancar la Europa del dominio de la casa de Austria. Enrique de Rhoan señaló allí su valor, y libertó á los grisones en 1635. Así estaban cortadas las comunicaciones entre las diversas partes de la temible monarquía que habia hecho rodear toda la Francia de sus posesiones desde el mar del Norte hasta las costas de Toscana.

Aquellas magestuosas cimas debian ser testigos al cabo de ciento setenta y cinco años de nuevas hazañas, no menos extraordinarias.

En 1800 Napoleon Bonaparte, primer cónsul entonces, impulsaba con ardor la guerra en Alemania y en Italia para traer la conclusion de una paz vivamente deseada. Al mismo tiempo que Moreau iba á dar la mas memorable de sus batallas en Hohenlinden, Macdonald que mandaba el ejército de los Grisones recibió del primer cónsul la orden de pasar el Splugen á fin de llevar sus fuerzas á Italia, donde eran mas necesarias.

Bonaparte, que habia pasado el San Bernardo en aquel año el mes de mayo, confiaba en que su intrépido teniente sabria imitar su ejemplo, y vencer hasta las dificultades que le opusieran los rigores de la estacion: se hallaba en el mes de diciembre.

Tal vez si el primer cónsul se hubiese hallado él mismo en aquel punto, hubiera vacilado en lanzar sus soldados por semejante camino. No era el que hoy existe. Este último comenzado en 1818 y terminado en 1822 á costa de los Grisones y del Austria, es tan bueno que en verano no hay necesidad de doblar los caballos. Tiene diez y ocho pies de ancho sobre la vertiente meridional, y quince sobre la septentrional. Galerías abovedadas, un hospicio, tres casas de refugio, facilitan singularmente el paso de los viajeros. El antiguo camino era muy diferente, y pruebas terribles aguardaban en aquel horrendo pasaje al ejército de Macdonald.

Sin embargo, no vaciló el general. Hizo colocar la artillería sobre trineos, y distribuir á los soldados un poco de bizcocho y aguardiente. Pareció al pronto que el tiempo favorecia aquella audaz empresa; pero apenas habia entrado la primera columna en las alturas cuando se vió asaltada por una espantosa tormenta: torbellinos de nieve cegaban á los soldados y los obligaban á detener su marcha: el frio helaba sus miembros: un alud vino á caer sobre un cuerpo de caballería y arrebató muchos ginetes. Fué preciso hacer un alto de tres dias: no se retrocedió: al cabo de este tiempo se hizo una nueva tentativa: la tempestad se habia apaciguado, pero el camino se encontraba obstruido por montones de nieve. Recurrióse entonces para aplastarlos á un medio bastante singular que ya se habia empleado por la escolta del desgraciado emperador Enrique IV, cuando en el invierno mas riguroso del siglo IX, despues de haber pasado en Besanzon las fiestas de Navidad se decidió en el mes de enero de 1077 á pasar el San Bernardo para ir á solicitar la absolucion del papa Gregorio VII: se hizo caminar delante del ejército un rebaño de bueyes: aquellos vigorosos peones practicaban con gran trabajo la primera abertura: trabajadores acababan de desembarazar el camino: despues pasaba la infantería; y en seguida la caballería y los cañones.

Frecuentemente se encontraba demasiado estrecho el camino, y el pasaje de los trineos se detenia por enormes témpanos de hielo: era preciso que viniesen entonces los zapadores á hacerlo pedazos con sus hachas y machetes.

La última columna, que parecia padecer menos que las otras, porque el camino habia sido ya abierto delante de ella, fué sin embargo la mas maltratada, porque la sorprendió en la cima del paso un verdadero huracan. Creyóse enteramente perdida aquella tropa: tan peligroso era para ella el ir adelante como el volverse atrás: empero sostenida por su valor y la presencia de espíritu de su general, cuya firmeza y vigilancia no se desmintieron ni un instante en aquella marcha tan gloriosa para él como una victoria, consiguió al fin reunirse á las demas columnas y desembocar así en la Valtellina despues de haber dejado un centenar de hombres enterrados en la nieve.

El camino de Splugen era, pues, muy insuficiente en aquella época, y aun era el primer paso de los Grisonos para Italia. La aldea de Splugen se encuentra al pie de la montaña en el mismo punto en que el nuevo camino se divide en dos para formar por un lado el camino que conduce al Lago Mayor por el Bernardino, y por el otro el pasaje de Splugen que conduce al lago de Como. Son dos caminos trasversales, y ordinariamente se detiene el via-

gero en este pueblo para rehacerse un poco y cobrar fuerzas para nuevas fatigas.

Esta aldea, cuya vista presentamos a nuestros lectores, ofrece una perspectiva bastante salvaje situada sobre la orilla de un torrente, cuyo curso tiene mil variaciones y en cuyas orillas escarpadas hay casas establecidas cual lo ha querido la naturaleza del suelo, en un pintoresco desórden.



Algunas casas de Splugen.

Sus pacíficos habitantes no están distraídos hoy de sus ocupaciones pastoriles sino por el frecuente paso de los viajeros. Lo que choca mas á estos es el puente cubierto, y el movimiento continuo de las sillas de postas y de las diligencias en la puerta del hotel. Tres molinos y una sierra están en continua actividad por el torrente.

Existen en Splugen canteras de mármol y de alabastro; y hace algunos años se fabricaban en aquella agreste soledad objetos de arte que no carecían de mérito. Por la parte de Subers hay una torre, restos de un antiguo castillo llamado Zur-Burg, que los anticuarios han considerado como el *Spelunca* de los romanos.

ESTUDIOS HISTORICOS.

AVENTURAS DE LA SAINT BARTELEMI.

(1572).

(Conclusion).

III.

LA SEÑAL.

—¿Dónde vamos? preguntó Jacobo de Savereux, á quien el aire fresco de la noche habia disipado la embriaguez y el sueño. ¿Dónde estamos? añadió vacilando sobre la direccion que debia seguir.

—Vamos á acostarnos á vuestra casa, replicó Hibbes de Curson, que se hallaba obligado á sostener á su compañero en su camino para impedir que cayese dormido.

—Si vamos á acostarnos, camarada, podíamos ahorrar-nos el camino y tendernos en esta alfombra.

—¿Qué alfombra? ¿El empedrado de la calle? mas blanda es una cama del hospital.

—Sois muy descontentadizo, murmuró Jacobo, que se dejó deslizar hasta la tierra; yo encuentro que ésta es muy buena cama.

—Levantaos, señor de Savereux. ¿Qué diria cualquiera que aqui os viese?

—Quisiera que me viese el rey, respondió el caballero borracho, que insistia en permanecer tendido en la calle.

—Si llegase á pasar un caballo ó un carro, os aplastarian.

—Vive Dios que me alegraria que un villano ó un caballero pasase y me rompiese una ó dos costillas; así tendré ocasion de descargar la cólera que me han hecho tomar esos borrachos que os han amenazado ó injuriado.

—Mañana los encontraremos en el Prado; pero para estar dispuestos y animosos es preciso que nos vayamos á la cama.

—¿Con que mañana en el Prado? replicó el señor de Savereux, que ya no veia ni oia nada.

—¿Por vida de mi alma, señor de Savereux, que no puedo dejaros así borracho como estais, en medio de la calle!

—¿Por qué no os acostais á mi lado? la cama es bastante ancha para dos.

—Vos no podeis tampoco, señor de Savereux, dejarme solo y errante en esta ciudad que no conozco.

—¿Por qué no me lo habeis dicho antes? replicó Savereux haciendo una fuerza prodigiosa de voluntad para reunir las pocas fuerzas que tenia y ponerse en pie. Marchemos.

—Volvedme, si gustais, al hotel de Bethisi, donde vive el almirante, y mañana al amanecer iré á buscar en el barrio de San German, donde vive mi madre, la suma de setenta mil escudos que he perdido al juego esta noche con vos.

—¿Setenta mil escudos! repitió Savereux, á quien el humo del vino quitaba el recuerdo de su felicidad en el juego: no desearia otra cosa.

—Los tendreis, respondió suspirando Hibbes de Curson casi es el dote de mi hermana.

—¿Es bonita vuestra hermana? me caso con ella.

—Desgraciadamente no os ha aguardado, y se casa mañana con uno de los mas valientes caballeros calvinistas.

—Lo siento, porque siendo ya vuestro hermano de armas, hubiera querido ser vuestro hermano de alianza.

Jacobo de Savereux iba arrastrando, dando tumbos agarrado del brazo de Curson, y luchaba débilmente con el báquico sueño, que á cada instante era mas imperioso é irresistible. Quería enseñar á Curson el camino para llegar al hotel del almirante; pero iban ciegamente á la casualidad. Sin embargo, la primera calle que se les presentó pertenecía al laberinto del cuartel del Louvre. El caballero protestante, que creía llegar temprano ó tarde á su destino, se prestaba á aquellos estravíos de camino, no notándolos, porque se hallaba sumido en una profunda meditacion, y marchaba como un sonámbulo, sin pensar en orientarse ni en explicarse como no llegaba á la casa del almirante.

—¿He aqui el Louvre! exclamó Curson al salir de la calle de la Moneda vieja, en el sitio donde Enrique III puso la primera piedra del Puente Nuevo en 1578.

—¿El Louvre! dijo Savereux, que no se despertó enteramente, abriendo los ojos; pues si le volvemos la espalda hace una hora.

—Pues, sin embargo, le tenemos enfrente, delante de nosotros.

—¡Ah, bribon y traidor! gritó Savereux, que en su tortuosa marcha habia tropezado en la pared de una casa, y que se sentia detenido contra un obstáculo que creía vivo y hostil; yo te enseñaré lo que es mi espada.

—Amigo Savereux, le dijo Curson llegándose á él é impidiéndole desenvainar la espada; estaos quieto por un instante mientras vuelvo, pues voy á orientarme del camino y os serviré de guia.

—Hermano de armas, abrazadme, murmuró Savereux, que en cuanto perdió el equilibrio cayó en el suelo, tendiéndose cual largo era y preparándose á dormir hasta el dia siguiente.

—Oigo gentes que pasan por ahí cerca; ¿si será el capitán de Lov, que debía llevarme á casa del almirante, y no me ha cumplido su palabra?

Hibbes de Curson quiso juntarse á las personas que no veia, pero que oia á lo lejos. Corrió hacia aquel lado; pero el ruido de pasos y voces que habia seguido, cesó completamente cuando entró en las estrechas y tortuosas calles inmediatas al arco de Marion. Había luces en las ventanas de las casas; aquellas calles, tan ordinariamente oscuras, se hallaban mas iluminadas que lo habian estado jamás durante el dia; pero estaban mas desiertas y silenciosas que nunca. Por intervalos se abria alguna puerta y se escapaba de ella como una sombra que desaparecia inmediatamente. Una vez distinguió un arcabuz sobre el hombro de un hombre que salia de una casa y se desli-

zaba sin volver la cabeza aunque le llamaban. Trató de despertar a algún mercader en su tienda; llamó con fuerza á la ventana y á las persianas por donde había visto luz; pero la luz se apagaba entonces y la tienda permanecía cerrada y muda. Esperaba encontrar alguna patrulla de la policía; pero aquella noche la policía no se encontraba en ninguna parte, y las gentes sin oficio ni beneficio, que en aquella época eran tan numerosas como los soldados de la policía, estaban encerradas en el patio de los Milagros.

Sonaba la una en el reloj del palacio cuando el caballero breton, desanimado por sus inútiles pesquisas, volvió lentamente, interrogó muchas veces á las mismas calles antes de volver al punto de partida. Encontrábase á la orilla del agua á la estremidad de la calle de la Moneda Vieja, y como no viese allí á Jacobo de Sivereux, que había dejado dormido, creyó un momento que se había perdido y que no había vuelto al mismo sitio en la orilla del río; y mirando siempre al Louvre, se decidió á buscar en otra parte el lugar á donde había dejado á su compañero. Llamó á Sivereux muchas veces, pero todo en vano; fué al lado de la primera casa que hay sobre la orilla, y justamente en el lugar donde lo había dejado, recogió una cadena de oro. Era la cadena que se había quitado de su cuello y que Jacobo de Sivereux se había puesto. Aquella cadena valía una buena cantidad, y podía afirmarse que el que la llevaba no había sido robado, porque un objeto de tan gran valor no lo hubieran dejado los ladrones.

De aquí sacó en limpio Hibes de Curson, que aquella cadena se había desprendido al caer el caballero borracho. Guardóla en su bolsillo, porque se había roto el broche con que se cerraba, y se propuso no volverle á dejar en semejantes circunstancias.

Aguardó algunos instantes paseándose sobre la orilla con la esperanza de que se le reuniese Jacobo de Sivereux. Llamóle de nuevo muchas veces; pero como solo respondían los ecos del río, decidióse por último á encaminarse hacia el barrio de San German, que veía al otro lado del agua, y al que debía llegar dando un grandísimo rodeo, por no haber barca con que pasar el río. Sus gritos habían atraído á dos *baquebutiers* de la guardia del rey, que se aproximaron á él con mecha encendida, y se alejaron después de haberle examinado en silencio.

Poca gente encontró, y aun esta con una emoción muy parecida al miedo. Encontró á uno que en su traje parecía militar.

—Dios os guarde, compañero, le dijo enseñando el pañuelo atado al rededor del brazo de Mr. Curson y la cruz blanca que llevaba en el sombrero de Jacobo de Sivereux: ¿sois de los nuestros?

Hibes de Curson, únicamente notó entonces que la señal de reconocimiento era la cruz blanca en el sombrero y el pañuelo blanco atado al brazo izquierdo que llevaban muchas gentes. Conoció entonces que la casualidad le había dado también aquella misma señal de reconocimiento, y tuvo la prudencia de no pedir esplicacion alguna.

—Me pareceis ser un señor de la corte, le dijo el militar, que continuaba examinándole; ¿os envían á la casa de ayuntamiento?

—Yo voy al barrio de San German, respondió Curson, que no comprendió todo lo peligroso de su posición.

—¿No hay algún cambio en las órdenes del rey? He-

mos visto á monseñor el duque de Guisa, que iba al Louvre....

—Guisa está fuera de París, replicó vivamente Hibes de Curson: ha marchado después del crimen de su criado Maurebert.

—Hablaís como un hugonote, dijo el militar: si el almirante hubiese muerto no celáramos así.

Al mismo tiempo se aparecieron otros muchos, que Curson creyó que era una patrulla.

—¡Silencio! interrumpió el capitán, que tenía mucho que hacer para contener á su gente; pues que venís al Louvre, os aseguro, señores, que dará pronto el reloj del palacio la señal de la matanza: estamos ya cansados de aguardar. Debía haber sido para media noche, después para la una, después para las dos, y ahora....

—Ahora, dijo otro, sabe Dios para cuando querrán dejarlo; ya estamos cansados. Van á dar lugar á que esos villanos hugonotes hagan con los católicos lo que los católicos quieren hacer con ellos.

—Buenas noches, caballeros, dijo el señor de Curson, á quien había costado muchísimo trabajo reprimirse para no declararse protestante y manifestar altamente su indignación; suceda lo que suceda, os deseo que escuchéis el honor mas que la vida.

—Caballero, os suplico que indiqueis al rey lo que habeis visto, le dijo el capitán, que le acompañó para hablarle en particular. Yo soy el librero Kerre, que vive junto á Nuestra Señora y tiene por muestra un león. He reunido los mejores católicos del cuartel y los he hecho jurar que no han de perdonar á ningún hugonote, aunque fuese su padre ó su mismo hermano.

—Solo al Dios de Israel pertenece juzgaros y castigáros! murmuró entre sí Curson, que le volvió la espalda por no sacar la espada: haga el Señor que se despierten sus hermanos, añadió para sí.

Metióse por la primera calle que se le presentó, y atravesó con un buen paso varias de ellas sin saber lo que le pasaba, y con ánimo de ganar la calle de Bethise para advertir al almirante del complot tramado por los católicos; complot cuya estension ignoraba, pero que le había dado á conocer bastante la palabra *matanza* empleada por el librero Kerre. Temía que la matanza comenzase de un instante á otro antes de que hubiese podido preparar al jefe y los capitanes de los hugonotes.

En aquel momento dieron las dos en los relojes de las iglesias de los conventos. Un repique claro y argentino de campanas pareció responder con alegría á los sonidos de la hora, formando un inmenso concierto, en medio del cual la campana de San German Auxerrois se echó á vuelo y dió la señal de la matanza.

IV.

LA MATANZA.

Jacobo de Sivereux no se había dormido mucho tiempo á lo largo de la pared donde se había tendido. Apenas se había separado de Hibes de Curson, cuando preocupado en medio de su sueño con el silencio que reinaba en su derredor, dormido y todo como estaba, había abierto sus oídos acordándose del caballero que había tomado bajo su

salvaguardia, y que se imaginaba conducir, aunque tenia mas necesidad que le alojaran á él mismo. Abrió los ojos, se asombró de verse solo; quiso andar, pero como no estaba desembarazado de la embriaguez, halló de repente un obstáculo en el camino que le hizo tambalearse y caer al suelo bruscamente. Habia tropezado contra el cuerpo de cuatro soldados calvinistas que habian sido muertos á estocadas por los guardias de las puertas porque se aproximaban al Louvre para espiar lo que en él pasaba. Jacobo de Saverieux no pudo darse cuenta de la clase de obstáculo que en vano trataba de vencer, creyó tener que haberse las con gentes que le impedian el paso, y se puso á luchar con aquellos cadáveres, injuriándolos y dándolos mandobles, sin notar que no respondian ni á sus gritos ni á sus golpes. Esperaba que Híbes de Curson llegaria á su socorro, pero que mientras, sus adversarios, despues de haberle atado las manos, se disponian á robarle, porque el sonido de algunas monedas de oro que cayeron de su bolsillo le habian recordado la gran cantidad de que era portador. Quiso inmediatamente defenderse con furia; pero en lugar de recurrir á su espada contra sus imaginarios adversarios, metió los brazos hasta el codo en las faltriqueras de su ropilla, reteniendo allí el oro que habia ganado al juego, y agitado con tantas omociones, cayó desmayado sobre el monton de los cadáveres.

Los gritos dados por Jacobo habian hecho salir del Louvre una escuadra de arqueros de la guardia que visitaron la orilla del rio. Reconocieron las cuatro primeras víctimas que habian dejado tendidas en aquel sitio delante del balcon del rey, del nuevo Louvre: pero no notaron que el número de muertos se habia aumentado con un quinto cadáver á quien no habian registrado como á los demas. Comenzaron á darles golpes con las partesanas: pero felizmente para Saverieux no le alcanzó ninguno, y pudo pasar por tan muerto como sus vecinos.

Un arquero quiso apoderarse de las calzas del pretendido muerto; pero al ir á sacárselas se quedó con los pedazos en la mano, tan gastadas estaban. Olvidó las calzas para correr á recoger dos escudos de oro que habian ido rodando algunos pasos. Aquellos escudos distrajerón la atencion de los arqueros, escitaron su codicia: era un hallazgo al que todos querian tener parte. A punto estuvieron de tener una sangrienta lucha.

Abrióse la ventana del balcon del rey, y dos pages con hachas encendidas, precedieron sobre la terraza del balcon á muchos personajes que se aproximaron á la barandilla para mirar el aspecto de París. El reflejo de las hachas iluminó un rostro pálido y siniestro, marcado con el sello de la fatalidad y agitado por violentas pasiones en lucha con la conciencia. A aquella aparicion los arqueros que estaban registrando los cadáveres, huyeron en desórden, y volvieron á entrar en el Louvre. Era Carlos IX acompañado de la reina madre, de su hermano el duque de Anjou y de sus consejeros íntimos el duque de Nevers, Tavannes y el conde de Retz. El rey contemplaba en silencio la ciudad, que parecia iluminada como para una funcion, y que estaba llena de rumores indistintos: de repente sonó la gran campana de San German.

—¿Que es esto? preguntó el rey, que parecia despertarse sobresaltado al sonido de aquella campana; señora y madre mia, no he dado yo esa orden....

—Soy yo, replicó Catalina de Médicis: cuando habeis mandado salir del Louvre á los arqueros hugonotes que estaban en él alojados, he mandado tocar la campana por los funerales del almirante. Señor, vais á ser, os lo aseguro, realmente vengado, y ya debeis pensar que sois verdaderamente rey.

—Gracias, señora, por vuestras buenas intenciones respecto á mí; pero Dios me es testigo de que me lavo las manos de todo cuanto suceda.

Un tumulto vago y cubierto al principio, empero poco despues ruidoso, se percibia en el interior del Louvre. Lamentables clamores, gritos amenazadores, resonaban por todas partes con el ruido de las armaduras: las ventanas se abrian y se iluminaban llenándose de gentes, sobre todo de mugeres, que aguardaban un espectáculo, en los corredores, en las galerías, en los patios. Corrian los soldados con la espada desenvainada y la antorcha en la mano. Algunos tiros revelaban la resistencia de las víctimas á quien asi se perseguia, pero á quien todavia no se asesinaba. En fin, la gran puerta dió paso á las víctimas y á sus verdugos; eran los suizos de la guardia del rey y los de la guardia del duque de Anjou, que habian recibido la orden de apoderarse de todos los gentiles hombres de la servidumbre del rey de Navarra, y de la del príncipe de Condé: á estos gentiles-hombres se les sacaba fuera del Louvre para degollarlos. Siguiéronles los suizos con sus armas, que habian cortado el puente que hay alrededor del castillo, gritando: *mata, mata*; y precipitándose sobre los desgraciados que á su vez gritaban, *gracia, perdon*, tratando de huir ó defenderse. Sea casualidad, sea proyecto premeditado, se les perseguia con la espada hasta el punto donde se hallaban los cuatro cadáveres que habian protegido á Jacobo de Saverieux, el cual permanecia siempre desmayado, borracho como un muerto, y allí los remataban con estocadas ó golpes de lanza y algunos otros con tiros de pistola.

Asistia el rey impasible á aquella horrenda y espantosa cacería, que parecia espresamente traída á su vista; empero su madre y su hermano victoreaban y animaban con la voz y con el gesto á la carnicería.

—¡Matad, matad! gritaba el duque de Anjou aplaudiendo los golpes que veia dar, ¡son villanos, traidores, falsos, que conspiraban contra el rey, nuestro señor!

Los suizos, acalorados con el vino que de cierta mano se les habia distribuido, animáronse mas á la vista de la sangre y á la noticia de la conspiracion de los católicos; así redoblaron su furor, y enseñándose unos á otros los muertos, decian:

—Estos son los que han querido matar á nuestro rey.

Muchas de las víctimas habian sido arrancadas de su cama, otros de los brazos de sus mugeres, y muchos se habian refugiado en vano á los cuartos de sus amos el rey de Navarra y el príncipe de Condé, que no podian socorrerlos ni tenian medios de detener los golpes que les daban, y caian acribillados de heridas, que una sola hubiera bastado para darles la muerte; al menos no habian tenido tiempo de padecer, y se hallaban insensibles cuando los mutilaban el rostro y los cortaban las manos. Los que conservaban sus sentidos antes de ser heridos mortalmente encomendaban á Dios el cuidado de su venganza. Los señores de Boures, de San Martin y de Beauvais, go-

bernador del rey de Navarra, fueron llevados juntos medio desnudos y exhalaban el alma asesinandolos:

—¡Ese es el capitán Piles! exclamó Carlos IX designando á un señor ricamente vestido, cuya altiva mirada y desdeñoso gesto mantenía respeto en los asesinos.

—Veo que es preciso morir, dijo el capitán Piles, y quitándose su capa bordada de oro la arrojó á un soldado que vió de centinela debajo del balcón del rey: «Toma, compañero, le dijo, para que te acuerdes del capitán hugonote que tan bien ha festejado á los católicos delante del parque de San Juan de Angeli.

Un arquero le atravesó de parte á parte con una alabarda, y le derribó sobre los demás.

El corazón de los asesinos estuvo á punto de conmovirse á la vista de un hermoso joven que se adelantaba con paso firme entre dos arqueros, y saludó al rey con noble continente, cual si no tomase ningún interés en lo que pasaba en derredor suyo. Carlos IX le reconoció inclinándose fuera de la barandilla del balcón, y le hizo señas para que se acercase. Empero, el joven caballero, cuyo rostro espresaba el dolor y la indignación, señaló con una mano el montón de muertos que iba á aumentar, y levantó el brazo al cielo para tomarle por testigo de los asesinatos que habían sido cometidos. Después llevó vivamente á sus labios una charpa de seda azul, bordada de oro, con que tenía cruzado el pecho. Los suizos habían retrocedido al ver el gesto del rey, que miraron como una orden de perdonar aquella víctima.

—Goudoin, amigo mío! le gritó Carlos IX, te ruego que abjures por amor mío, y te hagas católico como tu amo el rey de Navarra.

—Señor, respondió el bastardo de Goudoin, barón de Pardillan á quien el rey hacía aquel ruego, abjuraría tal vez por amor vuestro, pero no puedo hacerlo por amor de mi dama, que es de mi misma religión, y que no se casaría conmigo siendo católico.

—¡Malvado! replicó el rey con desprecio ¿prefieres tu dama á tu rey? ¿Es muy hermosa esa Ana de Curson?

—Señor, es la más hermosa de la Bretaña; estoy desposado con ella, y como tal soy calvinista hasta la muerte, si es preciso.

Al decir aquellas palabras, un arquero le dió un golpe en la cabeza con su partesana, y habiéndole hecho caer de rodillas aturdido, ciego, por la sangre que le corría por los ojos, le estuvo golpeando hasta que le creyó muerto, á pesar de los gritos de Carlos IX. Viendo aquel príncipe que Goudoin confundido en la multitud de muertos no daba señal de vida, se tapó el rostro con las manos, y quedó algunos instantes absorto en su pesar.

Más de ochenta caballeros habían sido asesinados, y yacían en un solo montón que casi llegaba ya á la altura del balcón. Al ruido de esta matanza habían salido los ciudadanos y habitantes inmediatos al palacio del Louvre. De repente un cohete disparado desde el campanario de San German Auxerrois, describiendo en el aire una curva luminosa, vino á apagarse en las aguas del Sena delante del Louvre.

En el mismo instante la gran campana del palacio sonó á vuelo, y sus alegres tañidos se mezclaron con las solennas vibraciones de las campanas de San German Auxerrois. Inmediatamente se alzó un inmenso clamor forma-

do de mil gritos, creciendo y aumentándose en toda la ciudad. Cada calle, cada casa, tenía sus asesinos y sus víctimas. Estas trataban de huir más que de defenderse: los primeros, que parecían apoderados de una especie de vértigo, no daban cuartel ni á sus parientes ni á sus amigos. Se degollaba á sangre fría á ancianos, mugeres y niños, porque los niños, las mugeres y los ancianos eran también del número de los degolladores. En esto llegó un grupo acercándose al balcón del rey trayendo la cabeza del almirante Coligni, que había sido degollado en su casa.

—¡Ah! apresurémonos á verle, exclamó Carlos IX con una verdadera alegría, este es un regalo que me traen y que yo enviaré al santo padre. Salíose al punto del balcón con su comitiva, y entró en su aposento para recibir aquel trofeo sangriento que le llevaban de parte del duque de Guisa.

La Saint Barthelemi había comenzado.

Entre aquel montón de muertos que había quedado debajo del balcón del rey había, sin embargo, dos vivos, el barón de Pardillan que respiraba todavía, aunque lleno de mortales heridas, y Jacobo de Savereux que había vuelto de su desmayo, aunque casi sofocado con el peso de los cadáveres, con los que estaba confundido. La falta de aire le dió la conciencia de su existencia, y fué volviendo en sí por grados haciendo esfuerzos prodigiosos para separar el peso que impedía su respiración. Fué bastante feliz para poder desembarazar su cabeza y su pecho y respirar. Su embriaguez había disminuido sensiblemente por efecto de aquella especie de letargo que se había apoderado de todos sus sentidos y de todas sus facultades. Abrió los ojos, los volvió inmediatamente á cerrar con terror no encontrando más que rostros con el gesto de la muerte y ensangrentados, que tomó por extraordinarias creaciones del sueño; pero al abrirlos por segunda vez, y teniéndolos bien abiertos, adelantó la mano para tocar y palpar lo que le rodeaba, y vió que se hallaba desierto.

Después de un primer movimiento de horror, pensó seriamente en salir de aquel lago de sangre en que se hallaba tendido, é hizo tanto con las manos y los pies que pudo abrirse un paso entre aquellos cadáveres. Iba á encontrarse ya enteramente desembarazado, cuando fué detenido por un brazo que no podía pertenecer sino á un vivo, y al mismo tiempo oyó un suspiro y palabras entrecortadas que le convencieron que no todos estaban muertos en aquel montón de cuerpos inanimados.

—¡Hola! dijo en voz alta, ¿quién hay aquí? ¿Es alguno que vive todavía, y se halla en estado de venir conmigo?

—¡Silencio, por Dios! le respondieron en voz baja, si os oyen van á volver á la carnicería y somos perdidos.

—¿Y quién son esos que van á volver para nuestro mal? preguntó Jacobo de Savereux bajando mucho la voz.

—Los que aquí nos han dejado por muertos.

—¿Ladrones acaso? no sé nada de lo que ha pasado; no estoy muerto y si dormido.

—¿No estais gravemente herido como yo?

—No siento nada; pero herido ó no soy capaz de manejar la espada valientemente. ¿Pero por qué esta matanza?

—Muy mal estais si no recordais esos horrores; que hemos sido asesinados por los suizos del rey hace poco á la vista de S. M. y de la reina madre.